



GINÉS LIEBANA EN LA GALERIA VIVANCOS DE CORDOBA

DENTRO de la gran labor artística, formativa e informativa, que se ha propuesto desde su inauguración la GALERIA VIVANCOS de Córdoba, ofreciendo ejemplos representativos de las tendencias tanto vitalistas como esteticistas de la plástica actual —realistas andaluces, obra gráfica de signo surreal, «optical-art», etc.— se ha inaugurado recientemente una exposición clasificable dentro del llamado «arte fantástico». Su autor es el importante pintor Ginés Liébana, que vive en Madrid desde hace trece o catorce años después de haber triunfado en París y Río de Janeiro, donde residió, y en otras capitales europeas y americanas.

Para su reencuentro sentimental y estético con sus paisanos, Liébana ha colgado en la espaciosa GALERIA VIVANCOS nada menos que cincuenta y siete óleos, pintados dentro de una sorprendente y definitiva manera de hacer, que nos han mostrado a un pintor totalmente nuevo y seguro de sí mismo. A la vista de sus magníficas obras vemos que quedan muy atrás los años de producción diversiforme del Liébana pintor de retratos de damas elegantes y de figuras de las artes y las letras —desde la Lidowa, de

los Ballets de París, al escritor César González Ruano—, de ágil ilustrador de «EL ESPAÑOL» y decorador exquisito, de hombre envuelto en la aventura de buscar y producir belleza desde cualquier aspecto del arte.

Nada más entrar en la GALERIA VIVANCOS pudimos notar que Ginés Liébana había encontrado una rotunda manera de hacer. A simple vista observamos que este inquieto pintor había llegado a esa completa plenitud rayana en lo excepcional, que consiste en la coherente identificación entre una capacidad expresiva de múltiples posibilidades y la comprensión profunda de la técnica y los medios naturales para realizarla. Apoyándose en un dibujo firme —¡qué gran dibujante ha sido siempre Liébana!—, en una gran delicadeza de color —pardos y ocrees, verdes y azules amortiguados—, así como en una materia amorosamente trabajada con pincelada prodigiosamente minuciosa y segura.

En cuanto a la temática, fácilmente pudimos encasillarlo en ese grupo de «disidentes visionarios», que saben fantasear insólitamente con lo poético y lo grotesco, lo horrible y lo bello que acompañan a lo real. Efectivamente, Liébana es

uno de los artistas privilegiados que saben exprimir el limón de la realidad para sacarle su jugo de esencias poéticas, humorísticas y oníricas, a través de un difícil concepto expresivo, por cierto, en extraña mezcla de ingredientes que van desde aquel primer imaginador de las cosas de los sueños, que fue El Bosco —el de los jardines de unas extrañas delicias donde los hombres podían nacer de nuevo a un mundo sobrecogedor— hasta los pintores venecianos del siglo XVIII, con su barroquismo gracioso, colorista y elegante, pasando por los más minuciosos surrealistas de nuestro siglo.

Indudablemente, en la obra de Ginés Liébana hay, además de una sensibilidad y fina ironía netamente andaluzas, un gran trasfondo intelectual. Y es que este pintor cordobés es un hombre refinadamente culto, un artista que ha tratado y ha convivido con hombres geniales, como el Premio Nobel Albert Schweitzer, o con importantes figuras de la literatura y el arte escénico español, algunas de las cuales están retratadas en esta muestra, por cierto, como el escenógrafo Francisco Nieva, el dramaturgo Antonio Gala y el poeta Carlos Edmundo de Ory, encaramados sobre un andamiaje surreal. Sentido intelectual que coloca a este pintor en el camino del desenvolvimiento y profundización —la libre cultura del hombre no «revolté», en el sentido de Camus—, que conduce a un concepto y plasmación pura y personal, sensible y espiritualizada del mundo circundante.

Preciso, dúctil y con un total dominio del oficio de pintar, Liébana vuela insuperablemente en sus cuadros todo un verdadero caudal de emoción y refinamiento, como hechos por un poeta sin trampa retórica, poeta que se dice a sí mismo en pinceladas como podría decirse en versos. Cosa indispensable ésta para ser un auténtico creador de «arte fantástico», puesto que el surrealismo asigna a la imaginación pictórica el mismo objetivo que a la poesía: que el hombre tenga acceso a un espacio abierto, en el que se pueda expresar liberado de las presiones de la realidad, aunque a veces partiendo de ella.

Exposición muy importante, en suma, la de este artista cordobés, índice de sensibilidad, oficio, sentido poético y talento. Esas cosas que, ensambadas, han sido en todos los tiempos y en todos los estilos la clave del mérito sobresaliente.

Francisco ZUERAS